

## **¿POR QUE ME HICE AHMADI?**

Para explicar cuáles fueron los motivos por los que ingresé el pasado mes de marzo en la Comunidad Ahmadía, debo echar marcha atrás en el tiempo y relatar qué es lo que fue mi vida en el aspecto ideológico, las alternativas que se fueron presentando con el paso de los años, y cómo cada una de ellas se fue quedando entre mis manos vacía de contenido, carente de realidad.

Me he confundido mucho. He caminado por senderos equivocados buscando LA VERDAD, corriendo anhelante detrás de unas ideas que otrora encontré justas.

Mi nombre es Soledad. Desde los 15 años trabajé como misionera seglar en hospitales, residencias de ancianos y hospicios. A los 19 decidí partir al tercer mundo para hacer allí una labor más comprometida con las ideas que yo poseía: deseaba dedicar mi vida al servicio de los demás, aliviar en la medida de lo posible la falta de amor, la injusticia, la miseria, el dolor y las terribles condiciones en las que el ser humano vive en esos países. Esa era mi meta, mi ilusión en la vida. Allí todo estaba por hacer y faltaban todas las manos. Mi fe en Dios era firme: para mí la religión era todo amor, consuelo, darse a los demás....Tropecé con la estructura de la Iglesia Católica y su forma especial de misionar. Fue un choque brutal. No parecíamos hablar de lo mismo. Comencé a mirar mi Iglesia preguntándome por vez primera, si aquella organización era lo que yo creía. Abandoné la idea de marcharme y seguí actuando de forma totalmente personal y no afiliada a ninguna estructura religiosa. Comencé a profundizar en teología, estudié profundamente la Biblia y el Nuevo Testamento. Empecé a darme cuenta de las profundas contradicciones, nadie me sabía dar una respuesta al inmenso caudal de preguntas. Conocí por aquellos años nuevos grupos de cristianos, que trabajaban sin coincidir ideológicamente con el Vaticano. Cursé dos años de Teología, impartidos por Misión Abierta; en estos cursos, teólogos españoles tenían ideas mucho más críticas con la postura romana, pero ocurrió algo muy curioso, según iba aprendiendo, según estudiaba y profundizaba en la vida de Cristo, una duda fundamental nacía en mi alma: la divinidad de Jesús. Sería largo y penoso de explicar lo que ésto supuso para mí. El estudio de la antropología cristiana y judía, el contexto histórico en el cual se movieron los personajes de mi fe, la vida de Saulo de Tarso, la manipulación de la iglesia de los textos después de su reconocimiento por parte de Constantino, El Concilio de Nicea y la comprensión dolorosa y terrible al comprobar cómo la Iglesia mataba la pureza de las primeras comunidades cristianas y se convertía lenta, pero inexorablemente, hacia una estructura de poder cada vez más interesada en su poderío político y económico, fueron motivo de muchos años de alejamiento por mi parte de la fe. Si Dios existía tenía que ser UNO, los hombres que a lo largo de la historia habían hablado en nombre de Dios, tenían como factor común el haber dicho siempre las mismas cosas en diferentes lugares del

mundo. La necesidad de Dios era la misma en todas las civilizaciones, en todos los hombres. No podía ser cristiana, ésto era algo ya imposible, tenía la certidumbre de que Jesús era sólo uno más, entre otros muchos, un hombre de Dios....pero entre otros muchos. Mi religión era algo inventado, basado en una mentira. ¿Dónde estaba Dios? ¿Serían todas las religiones una manipulación de los hombres para sus intereses? Dejé a un lado el problema, creí que nunca encontraría la solución... la respuesta. La humanidad estaba ahí, sufría. Cerré la puerta a Dios y comencé a pensar que la solución del mundo consistía en cambiarlo, variar la estructura económica, conseguir leyes más justas, poner fin a una sociedad que sólo tenía como meta consumir y que estaba basada en el enriquecimiento de unos pocos a costa del hambre y la miseria del resto.

Mi país por aquel entonces era un hervidero de ideas. La opresión, la falta de justicia y la total ausencia de libertad de pensamiento, me impulsaron a trabajar políticamente en mi país para conseguir que cualquier tipo de ideología fuera respetada y, sobre todo, que los derechos humanos fueran una realidad y se llevaran a la práctica. Dejé de lado mi trabajo misional y me dediqué plenamente a escribir y denunciar cada hecho político en el mundo....Pasaron los años y la decepción fue evidente. Otra vez me encontré con un movimiento que luchaba por sus intereses y donde los humildes de la tierra, los desamparados, eran sólo una fraseología que llevar a los discursos.

Había buscado a Dios y lo había perdido, había luchado por el hombre y tampoco ahí estaba la solución. Detrás quedaban muchas lágrimas, mucha tinta vertida....muchas decepciones. ¿Dónde estaba la Verdad?...¿Había alguna verdad?

Hace casi dos años tuve contacto con la Comunidad Ahmadía. Se me dieron todos los textos que existían traducidos al castellano. Leí con interés, respeto y profundidad cada libro que me fue dado. El Sagrado Corán fue para mí el mayor descubrimiento. Encontré en él las respuestas antaño formuladas sobre Jesús, los profetas, la Unicidad de Dios y el Mensaje de amor pleno y total de Dios Misericordioso. La vida del Santo Profeta Muhammad (as) me llegó al corazón. Los textos del Mesías Prometido se convirtieron en una sacudida para mi alma. Me daba cuenta de que tenía entre las manos una Gran Verdad. Era totalmente consciente de que me había topado con respuestas claras, y con una comunidad llena de ilusión y de amor. Me dejaron unas cintas de vídeo en las que pude ver, aunque no entender, ya que en la primera cinta no tuve a nadie al lado para irme traduciendo, a nuestro querido Jalifa....su voz... esa voz que a veces se le estrangulaba por la emoción. Su rostro...toda la luz que parecía venir de su rostro...Aquél era un hombre sincero, lleno de verdad, incontaminado y cada una de sus palabras, aunque yo no supiera su idioma, comprendí que salían directamente de su corazón. Aquella noche sentí que algo extraño, muy extraño me estaba sucediendo. Sentía las mismas ansias de entrega, de amor hacia la humanidad....Otra vez latiendo en mi alma el impulso de luchar, pero esta vez con algo tangible entre mis dedos. Algo dentro de mi ser me gritaba que podía confiar, que aquello era cierto, que esta vez no habría decepción. Trabajar en nuestra Comunidad se ha vuelto el motivo de mi vida, de mi ilusión. Sé que tengo muchos defectos, sé que tengo mucho que aprender, pero es tanto el cariño, que os ruego perdonéis mis errores. Juntos tenemos tantas cosas hermosas por hacer. ¿Hay algo más bello en este mundo que luchar por lo que uno ama, por la verdad en la que uno cree?